DaBaR

Ciclo A

nº 44

9 de agosto de 2026

19º Domingo Ordinario

Año LII

Una vez más queremos agradecer la confianza que depositáis en nuestro trabajo al seguirnos cada semana y utilizar nuestros materiales, pero queremos recordaros que necesitamos de vuestra aportación económica para seguir adelante con este proyecto. Si puedes y quieres puedes apoyarnos con cualquier pequeña donación en nuestro número de cuenta IBAN ES78 2100 54413902 0007 9585.

Índice

Primera Página
Exégesis
Notas para la Homilía
Para la oración
La misa de hoy
Cantos
Dios habla

Primera Página

¿Qué grandeza puede revelarse en una brisa tenue?

No siempre somos conscientes de que vivimos en el monte Horeb, todos somos Elías, y Dios se nos dirige cada mañana: «Sal y ponte de pie en el monte ante el Señor. ¡El Señor va a pasar!», sólo lo oímos cuando nos dejamos espabilar el oído, y digo bien: dejarnos, porque no se trata tanto de hacerlo nosotros como de dejar que Otro lo haga por nosotros, de poner la confianza en la acción del Otro en nosotros. Me temo que se caen nuestros voluntarismos; podemos madrugar al alba y ponernos a orar, pero no es suficiente, aun siendo mucho y necesario, hay que dar un paso más y dejarse hacer, sino la cosa no funciona, porque no es sólo cosa de mi querer.

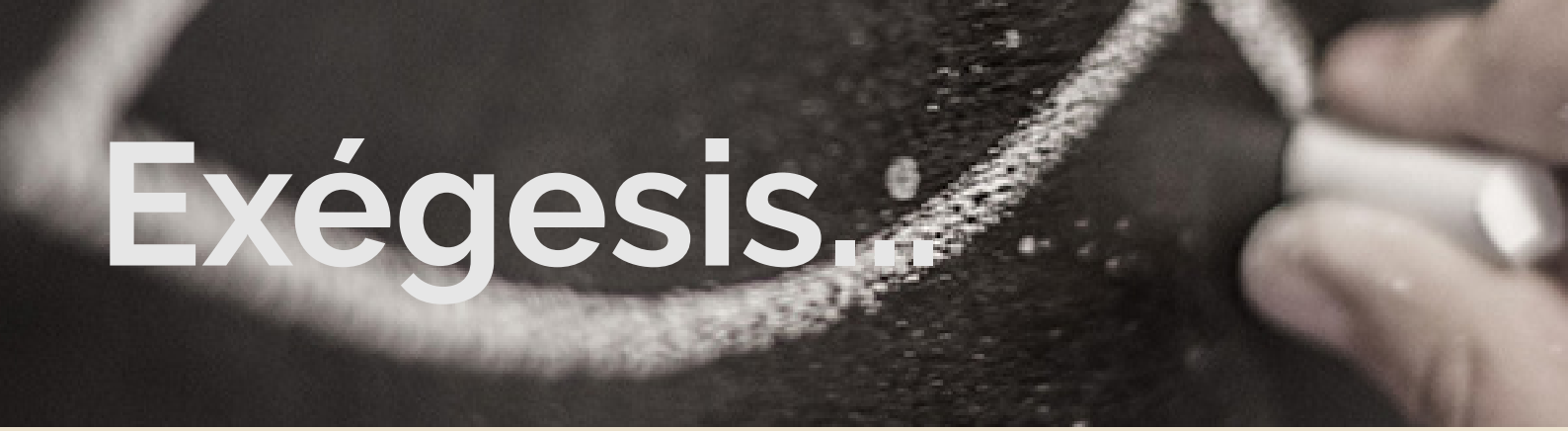
Este cambio de situarse en la vida y dejarse invadir por otro siempre ha debido costar de vivir, pero me da a mí que hoy nos cuesta más. Hoy que nos creemos que nos hemos construido a nosotros mismos, que no le debemos nada a nadie, hoy que creemos en el inmediatismo y en que todo tiene un precio y que es cuestión de hacer o pagar tanto dinero y lo que queremos se consigue, hoy que nos hemos acostumbrado a ver sólo las grandes catástrofes o espectáculos y desechamos lo poco llamativo por insignificante. ¿Cómo descubrir que el Dios de Israel, manifestado plenamente en Jesús, está en una brisa tenue y no en un huracán, un terremoto o un fuego? ¿Podemos sentir como Elías en la minúscula brisa, que acaricia nuestro rostro y que casi carece de fuerza para apartar nuestros pelos de la cara, a Dios? 'Después del fuego, se oyó una brisa tenue; al sentirla, Elías se tapó el rostro con el manto, salió afuera y se puso en pie a la entrada de la cueva'.

¿Seremos capaces de sentirlo y taparnos el rostro? De reconocerle en lo pequeño y descubrir que justamente en eso habita también su grandeza. De salir fuera de nosotros mismos y ponernos en pie dispuestos a cumplir con su proyecto de persona para nosotros y los que nos rodean. Podemos.

Las mujeres y hombre de hoy podemos descubrir en una tenue brisa la gracia de Quien todo lo puede, ¿queremos? Son tantas la veces que nos gustaría más que se manifestará de otra forma, necesitamos de un todopoderoso para que nos arregle nuestras cosillas y tantas grandes cosas que funcionan mal en este mundo que vamos construyendo. Es tan tentador tener un 'dios comodín', que responda a mis necesidades, que solucione por mí aquello que en mi vida se va torciendo, que me evite los dolores y sufrimientos, que me libre de los malos tragos, que solucione mis conflictos,...a cambio acepto de grado que esto tiene un precio: estoy dispuesto a dedicarle un poquito de mi tiempo para expresarle mis necesidades, orar cuando tengo el agua al cuello y necesito que sea mi salvavidas.

A veces me preguntó cuántos cristianos necesitan que Dios sea lo que ellos necesitan que sea, hace unos años un universitario que se iniciaba en un grupo de revisión de vida de la Acción Católica abandonó porque no podía convivir con la imagen de Dios que la animadora le mostraba: un Dios todopoderoso sólo en el amor, característica que no le parecía muestra de ningún poder, no quería conocer un Dios así porque no lo consideraba digno de ser creído. A veces puede ser fácil decir creo en Dios, lo difícil es creer en el Dios de Jesús, es hacer por intentar acercarnos lo más posible a Quién es, contemplar el misterio de la grandeza absoluta manifestada en la pequeñez de un pesebre o una brisa, es difícil entender y vivir la impotencia del omnipotente ante la condena de su hijo colgado en un madero. Es más fácil reconocerle caminando sobre las aguas, en algo más fuera de lo normal que una brisilla. Pero Él elige la brisa frente al huracán, el terremoto, el fuego o el caminar sobre las aguas. Nos guste o no. Y no es baladí porque su elección condiciona no sólo nuestras búsquedas sino nuestras elecciones...

Elena Gascón
elena@dabar.es



Exégesis...

...un análisis riguroso

Primera Lectura

Contexto. En el marco de la historia deuteronomista, el primer Libro de los Reyes (c. s. VI a.C.) narra la historia de la monarquía israelita desde Salomón hasta la caída de Jerusalén. El texto de hoy está enmarcado en el ciclo del profeta Elías (1Re 17-19; 2Re 1-2), que se enfrentó al rey Acab y la reina Jezabel, defensores del culto a Baal en el reino del Norte. Tras el triunfo en el monte Carmelo, donde Dios humilló a los profetas de Baal (cap. 18), Jezabel jura matar a Elías. Elías huye al desierto donde camina cuarenta días y cuarenta noches, alimentado por Dios, hasta el monte Horeb (Sinaí), donde espera una teofanía en el mismo lugar que Moisés había recibido la Ley (Ex 33, 22). El texto de hoy se centra en esa teofanía: Dios no está en los fenómenos espectaculares, sino en la brisa silenciosa. El propio Yahvé rompe sus esquemas de la teofanía sinaítica del Éxodo (cap. 19), donde se manifestó entre truenos, terremotos y tempestades.

Texto. La cueva evoca la hendidura de la roca donde Dios puso a Moisés para ver su espalda (Ex 33, 22). Elías, como nuevo Moisés, regresa al origen de la alianza, pero su estado anímico es de queja y desesperanza (v. 9a). En el relato, así como si nada, Dios pasaba por ahí, pero en ese viento impetuoso, no estaba el Señor. Yahvé pidió a Elías que saliera de la cueva (cfr. Ex 34, 6). Ese viento (ruah) puede traducirse también como espíritu o huracán, capaz de levantar rocas; el narrador enfatiza: "pero el Señor no estaba en el viento", rompiendo con la teofanía sinaítica donde el viento anunciaba a Dios (cfr. Sal 18). Yahvé se desliga de los fenómenos naturales impresionantes (v. 11).

El terremoto y el fuego son elementos clásicos en las teofanías (cfr. Ex 19, 18; Dt 4,11). Pero aquí son negados como vehículos de la presencia divina. Finalmente, es en el susurro de una brisa suave donde se encuentra Dios, más bien en "la voz del silencio sutil" o "el sonido de una calma tenue". No es un silencio, sino algo mínimamente audible, un roce del aliento, en la tradición rabínica se interpreta como "la hija de una voz", una revelación discreta. Es la paradoja de un Dios que habla en lo apenas perceptible. (v. 12).

El v. 13 nos relata cómo Elías, al percatarse de lo que estaba viviendo, se cubre el rostro, una reacción típica ante la presencia divina (cfr. Ex 3, 6; Is 6, 2). El manto es el manto profético que Elías lanzará sobre Eliseo (cfr. 1Re 19, 19), que ahora usa para protegerse de la luz divina. No se atreve a mirar, pero sale al encuentro. El diálogo que sigue (vv. 13b-18) es Dios preguntándole a Elías qué hace ahí, y Elías repite su queja. La teofanía no resuelve mágicamente la depresión del profeta; le devuelve a la misión.

Pretexto. Todavía hoy los hay que pretenden buscar a Dios en lo grandioso, en el cambio climático, en los incendios forestales, en las guerras... Poro Dios no está en lo espectacular. A Dios solo lo podemos encontrar en lo sutil, porque su modo de actuar es discreto, respetuoso con nuestra libertad. En esta sociedad, rodeada de ruido, es difícil escuchar una brisa suave. Laz oración contemplativa es un entrenamiento para poder escuchar. Contemplación que nos lleva a contemplar a Dios encarnado en lo pequeño, en lo débil, en el enfermo, en el niño, en lo oculto... A

Elías le costó cuarenta días percibir un silencio tenue. Nosotros podríamos empezar con pequeñas respiraciones. Como Iglesia estamos llamados a no buscar triunfalismos, ni poder mediático, sino a estar presentes en lo sencillo, en la visita al enfermo, en la palabra de consuelo... ahí es donde Dios se manifiesta. Elías salió de la cueva para recibir el encargo de ungir a nuevos líderes (Jazael, Jehú, Eliseo). A pesar de su queja y depresión, Dios no lo descarta. Para nosotros, este texto es un bálsamo: cuando estamos quemados (burnout), cuando la lucha por la justicia parece inútil, cuando incluso después de triunfos pasados (como el Carmelo de Elías) sentimos el vacío, Dios sigue llamándonos a ponernos de pie. No con gritos, sino con una brisa. Seguimos necesitando profetas que después de pasar por sus "Horeb" sean capaces de cubrirse el rostro, salir de la cueva y seguir caminado. Porque "Dios no nos pide grandes cosas, sino pequeños actos con gran amor" (Sta. Teresa de Calcuta).

Equipo Dabar
dabar@dabar.es

Segunda Lectura

Dentro de la carta a los Romanos, los capítulos 9-11 parecen que han sido añadidos con un tema distinto. Aquí Pablo habla del destino de Israel. Piensa en Israel y en el plan salvador de Dios. ¿Qué relaciones tiene el judaísmo con el plan salvador de Dios? Por una parte, Pablo tiene claro que la acción salvadora de Dios por medio de Cristo alcanza a toda la humanidad. Por otra parte, se pregunta qué ocurrirá con Israel que, como pueblo, ha rechazado a Jesucristo.

Si habíamos escuchado un himno triunfal en el capítulo anterior, este capítulo comienza con un lamento. Israel ha sido enriquecido con muchos dones, pero no ha sido capaz de reconocer a Cristo. Pablo se expresa como cristiano, no tiene ningún resentimiento hacia los judíos, pero le entristece la situación (vv. 1-2).

Incluso Pablo es capaz del peor destino (renunciar a Cristo) para que se salven "mis hermanos de raza". Pablo sabe que esto es imposible, pero emplea esta expresión para mostrar con fuerza su amor por los de su raza (lo mismo que hizo Moisés por el pueblo de Israel, pecador en el desierto: "Te ruego que perdones su pecado; si no lo haces, bórrame del libo donde tienes inscritos a los tuyos" -Ex 32,32) (v. 3).

Pablo utiliza el término israelitas y no judíos. El primero es más título religioso que Yahvé dio a su pueblo, el segundo es más término político. Este pueblo, Israel, fue distinguido desde antiguo sobre los demás pueblos y recibió una serie de privilegios: la adopción como "hijo de Dios"; la presencia de Yahvé en medio de ellos; las diversas alianzas establecidas, el recibir la voluntad de Dios a través de las leyes; el culto en el templo, distinto de los pueblos circundantes, las promesas, que incluyen las hechas a Abrahán, a Isaac, a Moisés, a David (v. 4).

Y el último privilegio enumerado son los patriarcas. Estos son instrumentos de la alianza de Dios con su pueblo. A través de ellos se lleva a cabo el culto al Dios de sus padres (Abrahán, Isaac y Jacob). Y de ellos procede Cristo, descendiente de su misma raza y Mesías, pero que no fue reconocido como tal (v. 5).

Rafael Fleta
rafa@dabar.es

Evangelio

Contexto

En la lectura continua de Mateo, seguimos con este otro milagro, en el que las palabras de Jesús: "¡Ánimo! ¡Soy yo! ¡No tengáis miedo! (v. 27), sigue siendo la única ancla firme. Mateo escribe cuando la barca de la comunidad desde la que escribe está sacudida por la herejía interna, el martirio y la incredulidad. En Mateo, Pedro representa al discípulo que quiere seguir a Jesús con audacia, pero que cuando desvía la mirada hacia las olas (problemas, miedo) comienza a hundirse, para enseñarnos que, sin fe, incluso el elegido sucumbe, pero de la mano de Jesús es posible recomenzar

Texto

El texto nos dice que Jesús "forzó" a los discípulos a subir a la barca, los discípulos querían quedarse a disfrutar del éxito de la multiplicación, pero Jesús tiene una nueva misión para ellos, en medio de la noche y del mar, porque no hay discipulado sin riesgo. Él, Jesús, se retira al monte a orar solo y Mateo enfatiza esa soledad como lo hará en Getsemaní (cfr. 26, 36-46). Con ello, no quiere decirnos que Jesús abandone a la comunidad, sino que intercede por ella y desde ella baja a caminar sobre nuestras tormentas. (vv. 22-23).

La noche romana se dividía en cuatro vigilias (6 p.m.-6 a.m.) y la cuarta era entre las 3 y las 6 a. m., el momento más oscuro, antes del amanecer. Jesús llega a ellos cuando el cansancio de la noche y el miedo son máximos. Una lección de paciencia para la Iglesia, el Señor nos va a permitir luchar primero, pero nunca nos abandona del todo. Caminar sobre el mar simboliza que Jesús tiene el poder sobre las fuerzas del caos. (vv. 24-25).

En la cultura antigua creían en las apariciones espectrales y, ante ellas, es normal el miedo, como ante cualquier manifestación divina. Pero Jesús recrimina este miedo, revelándoles su identidad. El "Yo soy" es la misma expresión con la que Dios se ha identificado (cfr. Ex 3, 14; Is 41, 4; 43, 10…), por eso el miedo se transforma en confianza. (vv. 26-27).

Solo en Mateo se recoge el diálogo con Pedro y el acto de fe extraordinario de bajar de la barca y caminar sobre el agua. Abandona la seguridad para ir hacia Jesús. Pero un viento (fuere) le hace dudar, tener miedo y comienza a hundirse. De ahí el grito de Pedro: "Señor, isálvame!". Jesús no le recrimina incredulidad, sino poca fe, no se la niega, pero la reconoce insuficiente. Pedro tenía fe para dar el primer paso, pero no para sostenerla en la adversidad. La duda es la división interior. La mano de Jesús es la gracia que nos rescata en el momento del hundimiento. Situación que refleja metafóricamente el contexto de la comunidad de Mateo. (vv. 28-31).

La confesión de fe de Pedro, el clímax del relato, eje vertebrador de la obra de Mateo (vd. 3, 17; 4, 3; 8, 29; 14, 33; 16, 16; 27, 40), esta vez, supone el reconocimiento de la comunidad eclesial, representada por los discípulos, que, tras calmar la tormenta, lo reconocen. La fe nace siempre de la experiencia del auxilio divino. (vv. 32-33).

Pretexto

Las olas que tenemos hoy son ecológicas, geopolíticas, económicas, eclesiales… y ante ellas, podemos sentir que la barca de nuestras vidas se tambalea, incluso que se va a pique. Hay veces que la presencia de Jesús la consideramos un espectro, un espejismo, dudamos. Pero, no podemos olvidar que Jesús no nos ha abandonado; intercede por nosotros. El miedo, puede paralizarnos, pero la fe nos mueve; no podemos negar los problemas, pero debemos poner la mirada más allá de ellos, para evitar hundirnos. Evidentemente, la duda existe, no es pecado, pero debemos pedir ayuda a la comunidad. La fe, la calma que consigue Jesús, llega cuando estamos con Él en la barca. Esto supone no que los problemas desaparezcan, sino que, con Cristo a nuestro lado, la perspectiva cambia, no estamos solos. La confesión de Jesús como Hijo de Dios, es el lugar del que surge la experiencia de ser salvados.

Enrique Abad
enrique@dabar.es

Notas para la Homilía

"Lorem ipsum"

En el evangelio de san Mateo no es infrecuente el título "Hijo de Dios", con el que distintas personas y en diferentes situaciones confiesan su fe en Jesús. En el texto que acabamos de escuchar, son los discípulos los que, subidos toda la noche en la barca, sienten la calma que sigue a una mala tempestad y el beneficio de un fuerte viento que, por fin, amaina. Este modo de referirse a Jesús no debe ser entendido exactamente como la definición de su filiación divina en el sentido dogmático con el que la Iglesia en los siglos posteriores tuvo que hacer frente a distintas corrientes cristianas que interpretaban de forma insuficiente la relación de Jesús con Dios Padre. Pero sí que expresa en los evangelios la convicción de aquellos que percibieron su misterio profundo y recorrieron el camino que va de una admiración inicial a un progresivo descubrimiento de su procedencia y de su irrepetible y particular relación con Dios. Camino, por cierto, nada distinto al que cada uno de los creyentes hemos de recorrer o estamos recorriendo a lo largo de nuestra vida cristiana. Una confesión cada vez más consciente y sentida de la filiación divina de Jesús es esencial en el proceso personal de la fe.

Pero tal vez, lo más sorprendente del evangelio de hoy son las imágenes de un barco sacudido por las olas de un viento contrario que evocan la experiencia de una Iglesia que va a la deriva y que ha de encontrar en Jesús razones para seguir confiando. En ese sentido, la comunidad a la que Mateo dirige su evangelio tiene mucho en común con las comunidades cristianas en la actualidad. Pues muy a menudo experimentamos el desánimo por el hecho de vivir la fe a contracorriente de lo socialmente valorado, y es esa fuerza constante del viento contrario la que hace que terminemos por tener miedo y hundirnos en una secreta y no confesada desesperanza que, por otra parte, se deja entrever en la tibieza de nuestra vida cristiana. Algo que, evidentemente, ni transmite la buena noticia del evangelio hacia afuera, ni termina de dar sentido a la existencia desde dentro.

Justamente en este punto en el que nos encontramos es donde aparece la soberana iniciativa del mismo Jesús que, en forma de presencia resucitada se acerca a nosotros para que descubramos que sólo él tiene el remedio para los males que aquejan a una Iglesia acomodada y miedosa. Mientras nosotros nos abandonamos a una lógica humana de hacer y hacer, él desvela que la plenitud que anhelamos tiene su fundamento en el misterio escondido de Dios. La silenciosa, nocturna y prolongada oración de Jesús dando esquinazo tanto a aquellos que acababa de despedir a sus aldeas como a sus propios discípulos es el secreto mejor guardado del Reino. Pero no vale contarlo solo de palabra, sus discípulos lo tenemos que probar por propia experiencia. Y, en medio de la desesperanza, encontrarnos con un Jesús resucitado que de forma sorpresiva se acerca, tiende la mano, pronuncia la fórmula mágica "no temáis" y recompone nuestro ser hasta el punto de sentir el gozo de lo que significa confesar con total convencimiento que él es verdaderamente el Hijo de Dios.

Sin este punto de encuentro con Jesús, el trabajo apostólico, por mucha entrega que pongamos, se puede convertir en esfuerzo vano y en caldo de cultivo de un escepticismo del que no somos conscientes. Por el contrario, solo Jesús nos puede dar el trabajar con la confianza de saber que el Reino progresa en la dirección que Dios quiere, pese a que se caracterice por un crecimiento lento, no siempre perceptible y a menudo trufado de múltiples contradicciones e incoherencias por nuestra parte. Pero el evangelio, como buena noticia, siempre invita a mirar las cosas de otra manera y nos otorga una capacidad de descubrir de forma creativa los caminos de Dios. Por eso, el lenguaje de la fe en los creyentes no se puede reducir a un frío análisis de la dura realidad del mundo y de la propia Iglesia. El lenguaje de la fe en los creyentes y en el seno de la propia Iglesia no puede ser otro que el de la confianza puesta en Dios. Y no por desconocer la intrínseca maldad que nos aleja de Dios y de los demás, sino porque ha aprendido a descubrir los signos de esperanza en medio de la contradicción y la incoherencia, como el que experimenta la calma, el sosiego y la paz tras una gran tribulación.

Emilio Aznar
emilio@dabar.es

«lorem» (Mt 5, 41)

Para reflexionar

Todavía resuenan los ecos de la visita apostólica del papa León XIV a cuatro ciudades españolas el pasado mes de junio. Y, mientras muchos se preguntan con escepticismo qué pasa cuando los ánimos se serenan y las miles de personas que salieron a la calle han vuelto a sus quehaceres diarios y si todo lo vivido queda finalmente en un espejismo que se desvanece, el evangelio nos empuja a reconocer los signos. La figura del papa y sus mensajes de invitación a la concordia, al encuentro, al diálogo; a la acogida e inclusión de las personas migrantes que llegan a nuestro país; a la atención de las personas más vulnerables de nuestra sociedad; al cuidado de la interioridad por encima del consumo y el individualismo; a alzar la mirada, no para mirar más alto, sino a nuestro alrededor y más allá de las apariencias, el nuevo clima de reconocimiento del papel de la Iglesia en la sociedad española y los puentes tendidos..., no pueden ser sino expresión de ese Jesús que ofrece su mano a la Iglesia en medio de una realidad ciertamente desesperanzadora y le dice: ánimo, soy yo, no temáis.

Otro tanto cabe decir de la sorpresa que ha producido este año la publicación de la encuesta de la Fundación Santa María sobre distintos aspectos de la vida de los jóvenes, por el dato de que, en apenas cinco años desde la publicación de la anterior, el porcentaje de jóvenes que se declaran católicos ha subido 15 puntos. Evidentemente hay que analizar las razones de este repentino cambio de tendencia que puede obedecer a múltiples factores de tipo social, político, cultural, identitario etc., y que, además, no deja de tener grandes contradicciones internas, pues, por poner un ejemplo, de esos jóvenes que se declaran católicos, un 50% creen en la reencarnación. Pero, a pesar de todo, los creyentes tendríamos que ver el dato con esperanza y relacionarlo con la recuperación social del valor de la espiritualidad, la búsqueda de actitudes vitales que superen la amarga experiencia de un nihilismo cultural y de vaciamiento de sentido o el simple dato del significativo aumento de adultos que hacen el proceso de la iniciación cristiana y quieren vivir una fe consciente y personal en este tiempo tan contradictorio y difícil.

¿Acaso éstos no son indicios suficientes para que nuestra conciencia de Iglesia se sitúe ante el mundo de una forma más esperanzadora de lo que hasta ahora venía siendo lo común en la mayoría de los cristianos? ¿Cómo descubrir en lo que pasa los signos de los tiempos, los que nos hacen secundar la acción del Espíritu en cada época a pesar de la vulnerabilidad de la propia Iglesia?

Para la oración

Dios todopoderoso y eterno, a quien podemos llamar Padre, aumenta en nuestros corazones el espíritu filial, para que nos otorgues vivir en medio de las dificultades con la confianza puesta en ti y en tu promesa de salvación. Por Nuestro Señor Jesucristo ...

Acepta, Señor, los dones que le has dado a tu Iglesia para que podamos ofrecerlos como fruto de nuestros trabajos y desvelos por el Reino, y transformarlos en sacramento por la salvación del mundo. Por Jesucristo, nuestro Señor.

En verdad es justo y necesario alabarte y darte gracias. Porque, en Jesús, tu Hijo amado, te sigues acercando a tus discípulos de todos los tiempos ofreciéndoles la seguridad de tu persona y el consuelo de tu presencia. Tú nos muestras el verdadero sentido de las cosas y alientas en nosotros el anhelo de una existencia esperanzada y creyente, que sabe descubrir en cada época los signos de la acción del Espíritu en el mundo. Tu Hijo nos muestra el camino de la intimidad y de la oración confiada como la verdadera fuerza que transforma las cosas y a las personas. Sus palabras de ánimo, no tengáis miedo, soy yo, siguen resonando en la conciencia de los creyentes cuando experimentamos su fuerza serena en medio de la tempestad. Por todo ello, Señor, te damos gracias y te alabamos.

La comunión en tus sacramentos nos acerque cada día más a ti y afiance en nosotros la luz de tu verdad. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Cantos

Entrada. Si vienes conmigo (Gabarain); Pero… ¿dónde, dónde está Dios? (Luis A. Díaz); Me adelantaré (1ª estrofa) (Gelineau); Con alegría y hermandad (Erdozain).

Acto penitencial. 1CLN-B 4.

Salmo. LdS.

Aleluya. 1CLN-E 9.

Ofertorio. Ya no hay razas (Mocedades); Quiero estar, Señor, en tu presencia (Erdozain).

Santo. 1CLN-I 10; o el de G. Arrondo; CLN I 2

Aclamación a la doxología. 1CLN-K 1; CLN J 22

Comunión. Creo en Jesús (2CLN-274); Yo soy el pan de vida (2CLN-O 38); Véante mis ojos (2CLN-272); Delante de Ti, Señor, mi Dios (Erdozain).

Final. Mientras recorres la vida (Espinosa).

La misa de hoy

Monición de entrada

La celebración de la eucaristía nos congrega como comunidad para escuchar la Palabra y participar del misterio de la entrega de Jesús por nosotros. En medio de las dificultades de la vida, venimos dispuestos a dejarnos sorprender por su presencia resucitada y por el ánimo y la paz que esta práctica dominical infunde en nuestros corazones.

Saludo

La gracia y la paz de Jesucristo, el Señor, sea vuestro consuelo y fortaleza.

Acto penitencial

Invocamos a Cristo, el Señor, como aquél que nos libra del pecado.

- Tú que nos invitas a salir de nuestros temores y limitaciones. Señor, ten piedad.

- Tú que te ofreces como el amigo en quien confiar. Cristo, ten piedad.

- Tú que nos muestras el camino de una fe esperanzada. Señor, ten piedad.

Dios misericordioso, que nos ha manifestado su verdad en su Hijo amado, perdone nuestros pecados y nos de parte en su misma vida. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Monición a la Primera lectura

En el primer libro de los Reyes se nos narra cómo el profeta Elías, perseguido, es confortado por el Señor, que pasa ante él y se manifiesta en el humilde signo de un susurro. En medio de las contrariedades de la vida del profeta por ser fiel a su vocación, sólo la presencia del Dios vivo y verdadero infunde ánimo y le devuelve confiado al compromiso con la misión encomendada.

Salmo Responsorial (Sal 84)

Muéstranos, Señor, tu misericordia y danos tu salvación.

Voy a escuchar lo que dice el Señor: «Dios anuncia la paz a su pueblo y a sus amigos». La salvación está ya cerca de sus fieles y la gloria habitará en nuestra tierra.

Muéstranos, Señor, tu misericordia y danos tu salvación.

La misericordia y la fidelidad se encuentran, la justicia y la paz se besan; la fidelidad brota de la tierra, y la justicia mira desde el cielo.

Muéstranos, Señor, tu misericordia y danos tu salvación.

El Señor nos dará la lluvia, y nuestra tierra dará fruto. La justicia marchará ante él, la salvación seguirá sus pasos.

Muéstranos, Señor, tu misericordia y danos tu salvación.

Monición a la Segunda Lectura

El apóstol San Pablo, en su carta a los Romanos, confiesa el amor que siente por el pueblo judío, por su pueblo, y lo que le gustaría por el bien de sus hermanos, de su raza y sangre, que descubrieran en Cristo a aquél que en su persona da cumplimiento a la ley de Moisés.

Monición a la Lectura Evangélica

Después de haber saciado a mucha gente, en un relato cargado de simbolismo, el evangelista San Mateo nos propone varias escenas con Jesús, todas ellas ambientadas en una noche de tormenta en el lago. La oración de Jesús, la azarosa navegación de sus discípulos, la presencia en forma de resucitado del propio Jesús que tiende la mano a Pedro para que no se hunda y la calma final. Todo ello, para que resuenen sus firmes palabras: ¡Ánimo, soy yo, no tengáis miedo!

Oración de los fieles

Confiados en el amor con el que Dios nos ha amado en su Hijo, unamos nuestra oración por la Iglesia y por toda la humanidad.

- Por la Iglesia de Jesucristo, para que en medio de las dificultades y las amenazas sepa encontrar signos de esperanza. Roguemos al Señor.

- Para que aprendamos a escuchar la voz de los pobres y los humildes, y seamos capaces de amarlos como Dios los ama. Roguemos al Señor.

- Por los que rigen los destinos del mundo, para que, con sus decisiones, busquen la paz entre los pueblos y la defensa de los derechos de los más débiles. Roguemos al Señor.

- Por nuestra comunidad cristiana, para que nos animemos unos a otros en el camino de la fe que profesamos. Roguemos al Señor.

Acoge, Señor, nuestra oración y concédenos lo que te pedimos. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Despedida

La alegría y el gozo de celebrar juntos nos acompaña a lo largo de esta semana de pleno verano que ahora comenzamos. Llamados como estamos a descubrir los signos de los tiempos y la presencia del Espíritu del Señor en medio del mundo, que el Señor nos siga inspirando y sosteniendo. ¡Feliz semana!

Dios habla

Lecturas propuestas para la Liturgia

XIX Domingo ordinario, 9 agosto 2026, Año LII, Ciclo A

I REYES 19, 9a..11-13a

En aquellos días, cuando Elías llegó al Horeb, el monte de Dios, se metió en una cueva donde pasó la noche. El Señor le dijo: «Sal y ponte de pie en el monte ante el Señor. ¡El Señor va a pasar!». Vino un huracán tan violento que descuajaba los montes y hacía trizas las peñas delante del Señor; pero el Señor no estaba en el viento. Después del viento, vino un terremoto; pero el Señor no estaba en el terremoto. Después del terremoto, vino un fuego; pero el Señor no estaba en el fuego. Después del fuego, se oyó una brisa tenue; al sentirla, Elías se tapó el rostro con el manto, salió afuera y se puso en pie a la entrada de la cueva.

ROMANOS 9, 1-5

Hermanos: Digo la verdad en Cristo; mi conciencia, iluminada por el Espíritu Santo, me asegura que no miento. Siento una gran pena y un dolor incesante, en mi corazón, pues por el bien de mis hermanos, los de mi raza según la carne, quisiera incluso ser un proscrito lejos de Cristo. Ellos descienden de Israel, fueron adoptados como hijos, tienen la presencia de Dios, la alianza, la ley, el culto y las promesas. Suyos son los patriarcas, de quienes, según la carne, nació el Mesías, el que está por encima de todo: Dios bendito por los siglos. Amén.

MATEO 14, 22-33

Después que la gente se hubo saciado, Jesús apremió a sus discípulos a que subieran a la barca y se le adelantaran a la otra orilla, mientras él despedía a la gente. Y, después de despedir a la gente, subió al monte a solas para orar. Llegada la noche, estaba allí solo. Mientras tanto la barca iba ya muy lejos de tierra, sacudida por las olas, porque el viento era contrario. De madrugada se les acercó Jesús, andando sobre el agua. Los discípulos, viéndole andar sobre el agua, se asustaron y gritaron de miedo, pensando que era un fantasma. Jesús les dijo enseguida: «¡Animo, soy yo, no tengáis miedo!» Pedro le contestó: «Señor, si eres tú, mándame ir hacia ti andando sobre el agua». El le dijo: «Ven». Pedro bajó de la barca y echó a andar sobre el agua, acercándose a Jesús; pero, al sentir la fuerza del viento, le entró miedo, empezó a hundirse y gritó: «Señor, sálvame». Enseguida Jesús extendió la mano, lo agarró y le dijo: «¡Qué poca fe! ¿Por qué has dudado?» En cuanto subieron a la barca, amainó el viento. Los de la barca se postraron ante él, diciendo: «Realmente eres Hijo de Dios».